San Miguel de Unamuno, mártir

Miguel Ángel Malavia

San Miguel de Unamuno, mártir

Miguel Ángel Malavia

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2022
© Miguel Ángel Malavia, 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-36-8
IBIC: BT

A mi hijo, Marcos. A sus cuatro años, me ha salido existencialista, pero antiunamuniano, clamando en sus momentos de enfado: «Ya no quiero existir más». Ojalá que, como su padre, lea en la adolescencia ***San Manuel Bueno, mártir*** *y empiece un camino espinoso y utópico de búsqueda de la vida sin fin.*

A mi hija, Irene. Cerca de cumplir los dos años, sin decir apenas nada, lo dice todo con sus ojos y su sonrisa sin fin.

A mi mujer, María José. No necesita decir nada para ser el centro y el motor de toda nuestra existencia. Como dice cierta canción, sin ti no soy nada.

INTRODUCCIÓN

Miguel de Unamuno decía que, cuando algo te bulle en el corazón, lo mejor es abrir el grifo y que el chorro salga, sin control. Así, a borbotones, es como van a estar escritas estas páginas. En el mismo momento en que redacto esto, no sé qué estructura tendrá el libro ni siquiera las cuestiones exactas (o aproximadas) que abordaré en él.

Sí sé, y eso lo apunto ya desde el principio, que este será un libro de combate. Tras casi un siglo de dar por válidos unos hechos que aceptamos incluir en la Historia de España, ahora intuimos que la intrahistoria (término aportado por el maestro) de Unamuno en sus últimos días pudo ser muy diferente de como nos han hecho creer. Y eso, por supuesto, cambiaría la Historia (sí, con mayúsculas). Como mínimo, reabre el debate.

Resulta doloroso retroceder a esos hechos y pensar que todos aceptamos la propaganda de un régimen que ya entonces empezaba a levantarse desde la barbarie y el caos. Y mucho más cuando el autor «intelectual» (con perdón) de esta presunta afrenta no habría sido otro sino José Millán Astray,

el fundador de la Legión junto a Francisco Franco y la gran antítesis de un referente del pensamiento crítico y la pasión por la verdad y la libertad como Unamuno.

Confieso que estos días observo fotos de Don Miguel y soy incapaz de verle como antes. Siento que le he fallado, que todos lo hemos hecho durante más de ocho décadas. Todos salvo Manuel Menchón, impulsor de una obra que ha hecho Historia con mayúsculas: *Palabras para un fin del mundo*, película documental estrenada en octubre de 2020 en la Seminci, el festival de cine de Valladolid. Ha sido capaz de mirar más lejos, de huir de lo aparente y de encontrar un fogonazo de luz que, sabiendo lo que ahora sabemos, parece imposible que antes ni siquiera hubiéramos intuido.

Qué solo dejamos a Unamuno… Como a Federico García Lorca. Como a Miguel Hernández. Como a Antonio Machado. Con el agravante de que él, durante todo este tiempo y sin la posibilidad de defenderse, ha tenido que aguantar el sambenito, por parte de muchos, de traidor. Y él fue Tomás, pero jamás Judas Iscariote.

Qué solo dejamos a Unamuno… Atrapado en la madriguera y con el zorro vigilando la entrada. Más solo y menos libre que nunca, pues encima debía proteger a los suyos en medio del tiempo más tumultuoso de nuestro caminar nacional.

«Le escribo esta carta desde mi casa, donde estoy desde hace días encarcelado disfrazadamente. Me retienen en rehén, no sé de qué ni para qué. Pero, si me han de asesinar, como a otros, será aquí, en mi casa (carta de Unamuno al director del *ABC* de Sevilla y que, escrita el 11 de diciembre de 1936, por supuesto, no vio la luz en el rotativo hispalense; recuperada ahora por *Palabras para un fin del mundo*). Cómo duele leer esto

84 años después y saber que, quien se entregó a los demás por amor, con la fe pura y sencilla de un cristiano que quería querer y no podía, se sentía a merced de un verdugo que intuía.

Lo dejó escrito, pero nadie lo leyó. Lo aulló, pero nadie lo escuchó. En los últimos días, el hombre que dedicó su vida entera a pensar y vivir el momento de su muerte solo esperaba a una persona: a su posible asesino.

Qué solo dejamos a Unamuno…

¿MIGUEL DE UNAMUNO FUE ASESINADO?

¿Miguel de Unamuno fue asesinado? Repito la pregunta: ¿Miguel de Unamuno fue asesinado? Gracias a la investigación del cineasta Manuel Menchón, plasmada magistralmente en *Palabras para un fin del mundo* (y que ha ampliado en el libro *La doble muerte de Unamuno*, escrito junto a Luis García Jambrina), la que podría haber sido una mentira fabricada por el aparato de propaganda de Millán Astray habría sido al fin derrotada: no, Miguel de Unamuno no habría muerto de un modo natural dos meses y medio después del «suceso» en el Paraninfo de Salamanca.

Por supuesto, la película no ofrece una respuesta en este sentido. No puede y no debe hacerlo. Eso sí, plantea una serie de hechos desconocidos hasta ahora y que nos ayudan a contextualizar esa última tarde de 1936 en el hogar de Unamuno, en la calle Bordadores. Como mínimo, insisto, reabre un debate que nunca ha existido y nos llama a pensar por nosotros mismos.

Los espectadores que hallen una respuesta y sitúen esta en la muerte violenta de Unamuno, sentirán compungidos que este habría pagado un precio mucho mayor de lo que habíamos imaginado por su gesto de valentía ante la muchachada falangista y los prebostes del régimen nacionalcatólico que ya se empezaba alumbrar…

Los hechos no habrían sido exactamente como hemos creído hasta hoy: Unamuno murió encerrado en su propia casa (su cárcel), sí, pero tal vez no lo fuera presa de la tristeza y la desesperación; es posible que no le condujese al colapso el verse vigilado a tiempo completo o el ser cesado (por tercera vez en su vida) como rector de la Universidad de Salamanca. No, puede ser que no hubiera dejado de respirar ante el dolor que sentía por los ruines asesinatos de sus amigos Atilano Coco y Salvador Vila, entre muchos otros.

No, esa fue la versión que escribió para los libros de Historia el equipo de propaganda de Millán Astray en la misma Salamanca que entonces, no lo olvidemos, era el cuartel general de Franco.

¿Por qué llamo a que todos nos preguntemos cómo murió Miguel de Unamuno? Porque siempre pesarán demasiado esos 84 años de discurso presuntamente manipulado sobre los últimos días del escritor bilbaíno. Porque, en estas ocho décadas, cientos de artículos, libros y hasta alguna película se han publicado sobre la base de una posible falsedad que habría sido orquestada por la propaganda de una dictadura.

Un alud de claves, todas ellas ficticias, pudieron ser diseminadas en el prólogo del libro *Síntesis de economía corporativa*, publicado en mayo de 1937, aunque escrito ese 16 de enero…,

apenas dos semanas después de la muerte de Unamuno, el 31 de diciembre de 1936. Significativo, ¿no?

¿Quién fue el autor de tan extraño prólogo, titulado *Cuando Miguel de Unamuno murió* y que en teoría poco encaje tenía con la economía mussoliniana? José María Ramos y Loscertales, catedrático de la Universidad de Salamanca, historiador de cabecera del movimiento nacido el 18 de julio y uno de los que más encendieron los ánimos en el famoso Día de la Raza de 1936 en el Paraninfo de Salamanca, cargando contra los que, a su juicio, eran los corruptores de la juventud española. ¿Y el autor del libro en sí? Ni más ni menos que Bartolomé Aragón, aquel a quien durante casi un siglo nos han mostrado como la última persona que vio a Unamuno con vida.

Como nos ha repetido machaconamente la propaganda (no a través de un comunicado oficial, claro, sino diseminando en dicho prólogo un relato cargado de gestos evocadores y hasta poéticos), él sería el «antiguo alumno» del ex rector. Él sería el «joven falangista» que fue a verle aquella tarde de la Nochevieja que cerraba el año más trágico de nuestra historia nacional. Él sería el «amigo» qAue «visitaba asiduamente» a Unamuno y quien, tras congratularse el maestro bilbaíno porque «ese día no llevara su camisa azul», se sorprendió con su repentina muerte al notar «el olor a quemado» de su alpargata. No sin antes clamar al cielo las que habrían sido sus últimas palabras: «¡España se salvará porque tiene que salvarse!».

Esos detalles, desplegados estratégicamente en el texto de Loscertales y, por tanto, en la propaganda de Millán Astray, son los que nos han ocultado hasta ahora una verdad: esa

persona no era amiga de Unamuno. No estudió jamás con Unamuno. No había visitado hasta ese día a Unamuno.

Frente a ello, invito apasionadamente a que se vea *Palabras para un fin del mundo*. En esta maravillosa película documental, en la que Menchón ha hecho Historia indagando en la intrahistoria, este, de un modo simple a la vez que angustioso (hasta qué punto duele intuir una verdad temida), se dedica a exponer los datos que ha descubierto fruto de una ardua investigación.

La sucesión de los hechos sería la siguiente: Bartolomé Aragón era el jefe de Propaganda de la Falange en Huelva. Allí, entre otras cosas, organizó una quema de libros pública, en la que llamó a seguir el ejemplo de la sobrina de Alonso Quijano al exigir que no se discerniera entre «buenos y malos», como hacían el bachiller y el barbero, pues todos esos libros, sin distinción, habían convertido en Don Quijote a su tío. Aquí ya tenemos claro el perfil del «amigo» de Don Miguel; antes bien, era su antítesis. De hecho, y aquí incluyo mi imaginación, me duele el alma al soñar que, entre esos libros quemados, figuraba *Vida de Don Quijote y Sancho*, donde el maestro bilbaíno eleva al cielo la lanza de la bendita locura.

Sigo ya con la sucesión de los hechos que nos ofrece *Palabras para un fin del mundo*: tras combatir en el frente en los primeros meses de la guerra (se relata la toma de Nerva, que dejó un triste reguero de sangre y odio contra las mujeres del pueblo), Bartolomé Aragón acudió por un tiempo a Salamanca, donde era nuevo catedrático de Economía en la Facultad de Derecho. No tenía trato con Unamuno y, de hecho, cuando acudió a verle ese día a su casa, era la primera vez que tenía una conversación con él.

Ese 31 de diciembre de 1936, llegó a las cuatro y media de la tarde y, dos horas después, Unamuno había muerto. ¿Qué ocurrió? Imposible saberlo. Pero sigamos con los hechos: sus hijas y su nieto estaban en ese momento fuera de casa para ver los belenes de la ciudad. Su criada, que era la única que estaba en el hogar, en la cocina, oyó dos veces gritar a Don Miguel (no entendió lo que decía), pero solo acudió tras la segunda. Entonces, al entrar en la habitación, Aragón, visiblemente agitado, gritó un «¡yo no lo he matado!».

Proseguimos con el relato de los hechos de Menchón… Adolfo Núñez Rodríguez, el médico que acudió al hogar y que corroboró la muerte de Unamuno (además de ser amigo suyo), dejó escrito en el documento por el que el juez pudo ratificar el acta de defunción que la causa era una «hemorragia bulbar», causada por «arterioesclerosis e hipertensión arterial». Como reitera Menchón, este tipo de colapso intracraneal debía fijarse teóricamente como «muerte sospechosa de criminalidad» y obligaba a la consecuente autopsia, pues estamos ante una muerte súbita que, llegado el caso, podía provocarse «con escasa o ninguna señal externa».

Nada de eso se hizo. Al contrario, el médico certificó esa como la causa de la muerte y, por supuesto, no se le hizo después al cadáver la necesaria autopsia que, única y exclusivamente, podría haber explicado un fallecimiento por esta causa. También hay que añadir que el doctor Núñez, implicado hasta meses atrás en política con las izquierdas, estaba en pleno proceso de depuración política por parte de las autoridades militares de Salamanca.

Horas después, tras llevarse a la fuerza las autoridades militares esa misma noche el cadáver, dejando sin ese único

consuelo a la familia en pleno velatorio, el funeral de Don Miguel tuvo lugar al día siguiente a las once de la mañana (apenas diez minutos después de obtener el permiso del juez) y se le enterró a primera hora de la tarde (antes de las 24 horas que fijaba la ley), en lo que acabó derivando en un acto propagandístico organizado por los principales colaboradores de Millán Astray.

Un detalle más: el único testigo que firmó en el acta de defunción no fue Bartolomé Aragón (que, como tal, fue la única persona que estuvo allí y sabía lo que había pasado), sino Luis Sánchez Zúñiga, una persona desconocida de la que la familia no tenía ninguna noticia. La hora de la muerte, y este es un detalle clave, se cambió varias veces en el acta de defunción, hasta fijarse a las cuatro de la tarde, antes siquiera de que Aragón estuviera en la casa.

Y en este punto, aparentemente, se cerró la historia, con nuestro protagonista fallecido de muerte natural en su casa y enterrado por falangistas al grito de «¡Unamuno, presente!». Ninguno de los detalles que hoy conocemos gracias a Menchón trascendieron en estos 84 años. Generaciones y generaciones de españoles han *conocido* lo que pasó ese día, simplemente, a raíz de los detalles que Loscertales ofreció en el prólogo del libro de Bartolomé Aragón, escrito apenas dos semanas después de ocurrir todo. Una obra, por cierto, de la que apenas nadie conoce su existencia. Aunque está claro que ha calado: su *colorido*, sus anécdotas (el joven amigo falangista que visita asiduamente a su maestro y que, libre ese día de su camisa azul, captó la sentencia final de quien tantas palabras regaló al mundo), son las que triunfaron y preñaron la Historia. Hasta hoy.

Ahora, duele en el alma constatar que nadie planteó jamás ni una mínima sospecha sobre la secuencia de la muerte de Unamuno difundida por el equipo de Millán Astray. Un Glorioso Mutilado, por cierto, que, como también documenta Menchón, aseguró dos veces públicamente que los que para él eran «malos intelectuales» debían «morir» por haber, supuestamente, envenenado a la juventud.

La primera de ellas fue en el tristemente célebre acto del llamado Día de la Raza en la Universidad de Salamanca. Ese 12 de octubre de 1936, tras el escándalo despertado por las palabras de Unamuno (donde lo que más exacerbó al fundador de la Legión fue su defensa de Rizal, el héroe sobre cuya memoria bulló la independencia filipina, combatida en vivo por un joven Millán Astray), los falangistas no le ejecutaron en el acto. Y es que, seguramente, el naciente régimen no podía permitirse algo así después del asesinato de Federico García Lorca… Era mejor mantener, de cara a la campaña propagandística internacional, la imagen de un Unamuno «afecto» a la causa. El destino haría que, tras fallecer de muerte natural, pudiera ser enterrado como uno de los suyos, brazo en alto.

El espectador que opte por la respuesta más triste sentirá que, como Federico García Lorca, cuyo asesinato conmocionó al mundo entero, el mismo Unamuno, que para muchos fue «un traidor a la República», también pudo pagar con su vida el clamar al mismo tiempo contra «los hunos y los hotros», siempre fiel y coherente en su compromiso con la fraternidad, con la piedad, con la compasión.

Un punto en el que destaco otra maravillosa aportación de *Palabras para un fin del mundo*: impacta el respeto reverencial de Unamuno por Fray Luis de León, a quien ya homenajeó

en su vuelta del exilio recuperando ante sus alumnos el «como decíamos ayer». Emociona verle contemplar su estatua ante la Universidad, ensalzando en todo momento su evocador gesto de la mano tendida. Una mano amorosa, empática, libre y heterodoxa en medio de la tormenta de puños cerrados y brazos en alto.

Devastado nuestro Don Quijote de Bilbao y Salamanca al comprobar que el ideal republicano había sido secuestrado por el odio, apoyó ingenuamente y coyunturalmente a los sublevados (pese a su incansable rechazo del «militarismo», al que tenía por «la peor plaga de nuestro siglo» y que le llevó en su día a pagar un precio de exilio). No tardó mucho en comprobar que estos eran igualmente «bárbaros» y que era falsa su promesa de «restaurar» la verdadera República a través de unas nuevas elecciones. Tampoco estaban dispuestos, pese a que esgrimieran su llamada a modo de lema, a encarnar verdaderamente su clamor para preservar «la civilización cristiana occidental».

¿Cómo no preguntar para saber definitivamente la verdad…? Hagámoslo una vez más: ¿Unamuno fue asesinado?

GRACIAS ETERNAS A MANUEL MENCHÓN

Le debemos gratitud eterna a Manuel Menchón. Gracias a él estamos mucho más cerca de conocer, al fin, la posible verdad oculta sobre las circunstancias de la muerte de Miguel de Unamuno.

Puede parecer mentira, pero preguntarse por algo así hoy es casi suicida. Sin embargo, él ha buscado encarnar una de las grandes esencias de Don Miguel: «Antes la verdad que la paz». Ha acudido al fondo trágico de ese compromiso inexpugnable de Unamuno con el hombre y con su conciencia (ahora somos conscientes de hasta qué punto era grave la frase) y se ha atrevido a recoger esa apasionante antorcha de libertad.

Eso sí, como ya hemos empezado a comprobar, ha pagado un precio muy alto. En una España convulsa (otra vez), se ha puesto voluntariamente en el centro de la diana para que no pase un solo día más de imperio de la mentira.

Me consta que han sido innumerables horas de trabajo oscuro, buceando en hemerotecas y videotecas para tratar de encontrar lo que parecía hábilmente escondido. El resultado es evidente. Y es que, si *Palabras para un fin del mundo* es una obra de arte, lo es por el mérito de narrar de un modo sencillo y vibrante una historia compleja y dolorosa.

Porque la película es mucho más que Unamuno (que no es poco): son los muchos hitos e instantes que marcaron el fin de la Monarquía de Alfonso XIII, la proclamación de la Segunda República, el agitado desarrollo de la misma y, finalmente, nuestra dramática Guerra Civil. Y todo con la desnuda verdad por delante, a modo de compromiso y sentido. Cada una de las imágenes de la cinta sale de la realidad archivada, no habiendo nada inventado. De hecho, el impresionante elenco de actores que participan (Antonio de la Torre, Víctor Clavijo o un tronante José Sacristán, alter ego de Unamuno) se limitan a dar voz a sus personajes históricos. Es más, a leer sus discursos o declaraciones públicas.

Por lo tanto, estamos ante una verdad que pudo ser intencionadamente escondida y que latía convulsionada, sin nadie que se sumergiera en ella para sacarla a la luz. La del final de Unamuno era una intrahistoria dentro de la Historia; estaba ahí, ante nuestros ojos. Bastaba con querer luchar cuerpo a cuerpo contra la sospecha de la mentira y contra sus muchas minas. Millán Astray y sus principales colaboradores nos pudieron convencer durante casi un siglo con una versión de los hechos que no se correspondería con la realidad. Ahora, en plena tormenta social, en una España angustiada y que no quiere mirar a su pasado para no encontrarse con sus peores fantasmas, Menchón se ha atrevido a sumergirse en el